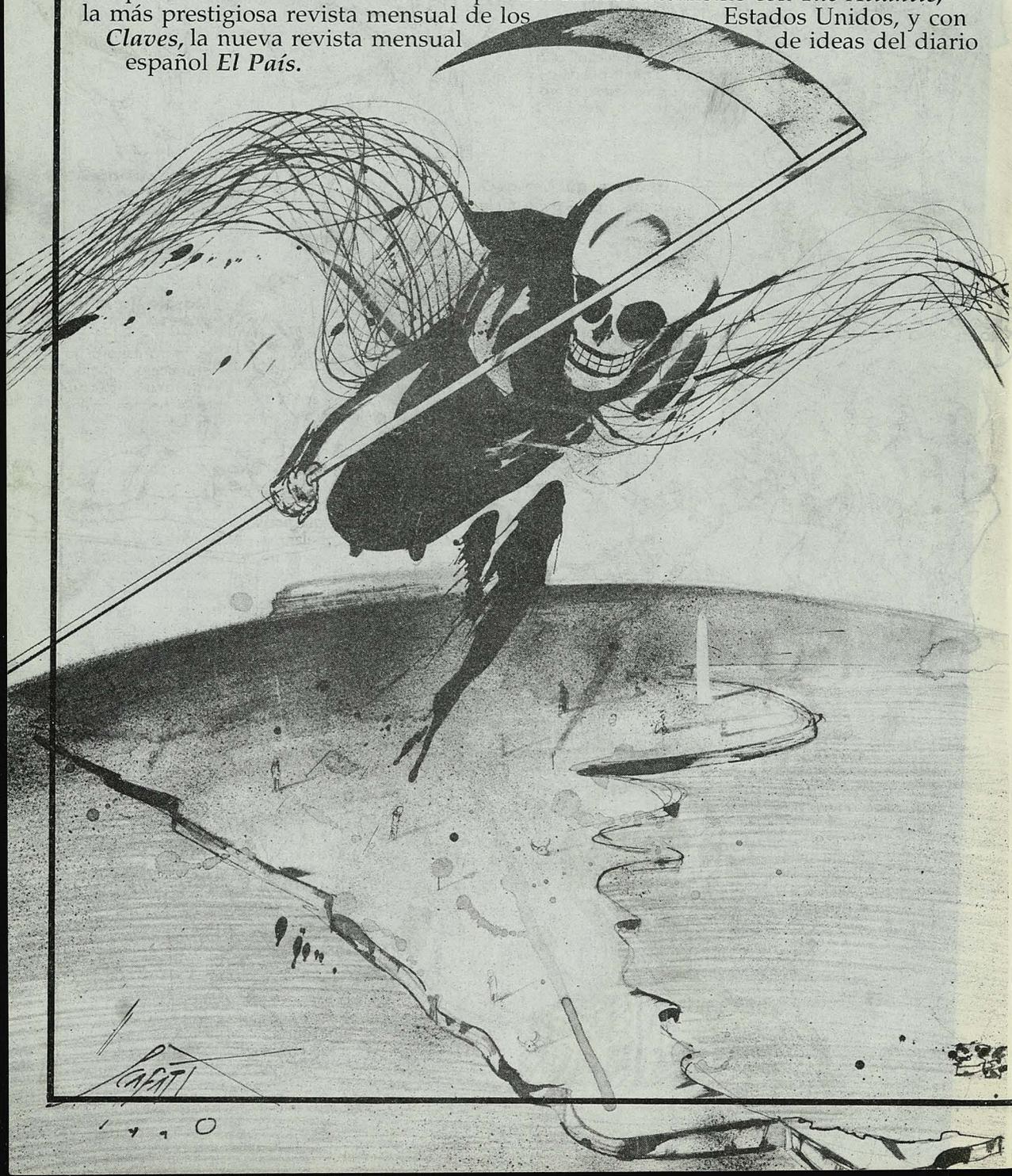


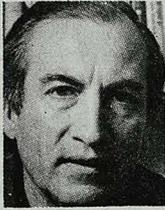
No hay drama: ahora que vino Isabel se arregla todo.

La ARGENTINA de

Algunas historias y estadísticas de este artículo son ya conocidas por el lector argentino. Todas juntas componen, sin embargo, un retrato inédito de las impotencias nacionales. *Humor* lo publica simultáneamente con *The Atlantic*, la más prestigiosa revista mensual de los Estados Unidos, y con *Claves*, la nueva revista mensual de ideas del diario español *El País*.



BORGES y PERON



Por Tomás Eloy Martínez

Oigo decir que Borges es el principal responsable de las desdichas argentinas. ¿Jorge Luis Borges?, pregunto, sorprendido. "Sí, Borges", responde un viejo profesor de literatura. "Toda su obra es una letanía sobre la inexistencia de la realidad. Durante años, Borges repitió que nada existe y que los hombres somos un sueño. Tanto lo hemos oído, que ya no sabemos mirar la realidad de frente".

La historia del último medio siglo en la Argentina es, en el fondo, la historia del duelo a muerte entre Borges y Juan Perón. No sólo fue un duelo abierto, casi físico, entre el escritor que se negaba a nombrar a su enemigo y el dictador que desdenaba a Borges llamándolo "ese pobre viejito ciego". Era también un duelo más hondo, más secreto, por prevalecer en la imaginación argentina. La frase favorita de Perón era un pleonazgo: "La única verdad es la realidad". Borges, que descreía de la realidad y de las verdades únicas, debió sentir aquella afirmación como un insulto. "El peronismo es una cuestión que ya debía estar enterrada", le dijo a V. S. Naipaul, una tarde de 1972. "Si los periódicos guardaran silencio y se olvidaran del monstruo, hoy no habría peronismo".

En la Argentina siempre hay un culpable para los males infinitos que aquejan a la nación: el culpable, para Borges, era Perón. Para Perón, en cambio, los culpables fueron muchos, e iban mudando de rostro según el humor del momento. En 1945 el culpable era Spruille Braden, embajador de los Estados Unidos en Buenos Aires. Después, la culpa de las catástrofes se atribuyó a "los oligarcas", a los disidentes, a los universitarios, y también a Borges, cuya madre y hermana fueron encerradas por la policía del régimen. Más tarde, en 1955, cuando lo derrocaron, Perón declaró que la culpa era de "los militares vendepatria". Luego añadió otros nombres, castas, siglas, ciudades, familias. Borges, en cambio, se mantuvo siempre fiel a lo que había dicho: el único responsable era "el dictador que no podía ser nombrado".

Hasta Gabriel García Márquez tuvo una teoría sobre las calamidades argentinas. En 1967, cuando viajó a Buenos Aires para el lanzamiento de su novela **Cien años de soledad**, solía despertarse ahogado en medio de la noche. "No puedo más", decía. "En este confin del mundo, el atlas me pesa demasiado sobre las espaldas". La fama de García Márquez crecía entonces en Buenos Aires de manera visible, sensorial: se la podía tocar, oler, estaba en el aire. Pero él no parecía feliz. Vagaba por la ciudad, con los hombros hundidos por la melancolía: "Esta ciudad está demasiado lejos. Llegas, y es como si ya no tuvieras mundo adonde escapar". No volvió jamás. En marzo de 1990 viajó a Santiago de Chile para celebrar el regreso de la democracia. Un amigo lo invitó a cruzar la cordillera de los Andes y pasar un par de días en Buenos

...alguna vez tuvimos una patria —¿reçuerdas?— y los dos la perdimos.
Jorge Luis Borges

Aires, donde había nacido su celebridad. "No, gracias", dijo. "Tolero muy bien México, a pesar de la polución y de la altura. Pero en Buenos Aires, donde el aire es más limpio, me asfixio".

* * *

La decadencia argentina es uno de los más extravagantes enigmas de este siglo. Nadie entiende qué pudo pasarle a un país que en 1928 era la sexta potencia económica del mundo y que de pronto, en seis décadas, quedó sepultado cerca del quincuagésimo lugar. El enigma es tentador para los sociólogos, y las respuestas abarcan ya varias bibliotecas. Pero nadie parece dar en el blanco, acaso porque la respuesta no es una sola, y porque lo que se busca es un culpable, o muchos, en vez de averiguar primero si hay una culpa.

¿Hay una culpa? El presidente Carlos Menem, discípulo de Perón, cree que hay una Gran Culpa: la memoria, el rencor, la resistencia a olvidar. "Ya el pasado nos ha enseñado todo lo que podía enseñar", dice. "Ahora debemos mirar hacia adelante, con los ojos fijos. Si no aprendemos a olvidar, nos convertiremos en una estatua de sal". Sin embargo, hace ya tiempo que la Argentina da la impresión de haber olvidado. Aparte de las tenaces Madres de la Plaza de Mayo y de las diezmadadas organizaciones de derechos humanos, casi nadie habla de los asesinatos alevosos de la última dictadura militar, que se prolongó hasta 1983. Las torturas, los secuestros de niños, la usurpación de bienes de los prisioneros, todos son recuerdos que han pasado de moda. A la televisión han regresado los periodistas que glorificaron el terrorismo del Estado militar y la guerra de las Malvinas. El triunfador de la última elección de Tucumán es el general Antonio Bussi, que hace trece años fundó algunos de los campos de concentración más letales de la dictadura. Los taxistas y los camioneros añoran los "buenos tiempos de la mano fuerte". Dureza, sí, pero por **derecha** —se oye decir, en los corrillos callejeros—: dureza por la vía legal, sin clarines de guerra ni proclamas militares.

La Argentina ha olvidado todo, salvo la grandeza que alguna vez tuvo. El recuerdo de esa grandeza la atormenta, la ciega. Hasta los que se rebelan contra toda forma de nostalgia piensan que la perdida grandeza volverá, tarde o temprano. Si alguna vez fuimos "eso" —dicen—, ¿por qué no podemos ser "eso" otra vez?

La Argentina tardó veinte años en caer, y lleva ya cuarenta sin poder levantarse. En 1946, cuando Perón llegó al poder, pasó una mañana entera caminando entre lingotes de oro, en los pasillos de la Casa de la Moneda, sin que le alcanzara la mirada para abarcarlos a todos, porque los lingotes seguían entrando infatigablemente por una boca de mármol. En 1948, el país aún tenía más

teléfonos que Japón e Italia y más automóviles que Francia. Casi en seguida comenzó el declive. Perón soñaba con la grandeza, pero la pequeñez ya estaba paseándose por las calles. El número de automóviles, que una década atrás había sido de 27.8 por cada mil habitantes, se redujo aquel año a 18.1. No había trigo en los silos y se comía un pan gris, de ceniza. El salario real de los obreros industriales cayó 20 por ciento en menos de tres años. Luego sobrevinieron la muerte de Evita, el desgaste de Perón, el golpe al que Borges llamaba, no sin fruición, "Revolución Libertadora".

* * *

Condenado al exilio, a la resistencia, a la muerte civil, Perón se convirtió en un mártir. El nuevo gobierno militar hizo lo que Borges predicaba: prohibió el nombre de Perón en los diarios, en las radios, en los libros de Historia, como si jamás hubiera existido. La realidad desapareció, el pasado se volvió sueño. Desde la distancia —Caracas, Santo Domingo, Madrid—, Perón se apoderó del tiempo que nadie reclamaba y lo colmó de ilusiones. Como estaba fuera del poder, nada le parecía irrealizable. Hasta los que habían sido sus enemigos pensaron que podría volver y convertirse, una vez más, en el salvador de la patria.

Tiempo atrás, Borges había escrito que la historia universal es la historia de unas cuantas metáforas. Son también unas cuantas metáforas las que podrían explicar el aciago destino de la Argentina. Una de ellas es el eterno duelo entre Borges y Perón. Las otras, que se remontan al origen mismo del país, se alimentan de necrofilia, intolerancia, espíritu faccioso, desdén por la naturaleza, y de la tenaz pasión por expulsar a los que se ama.

¿Quién en la Argentina no se ha sentido expulsado alguna vez: por la soledad, por la miseria, por las amenazas de muerte, por la perturbación de despertar cada mañana en el confin del mundo? Hacia 1951, el escritor Julio Cortázar sintió que lo expulsaba el peronismo y emigró a París, de donde jamás regresó. En 1955 fue Perón el que partió, expulsado por sus antiguos camaradas de armas. Veinte años después, José López Rega, el adivino delirante que servía como secretario de Perón y de su esposa Isabelita, dictaba órdenes cotidianas de expulsión a diputados, actores, periodistas y cantantes sospechosos de profesar el "judeo-marxismo". El que no se marchaba, perecía. Los militares que lo sucedieron convirtieron la manía de expulsar en un frenesí y despararraron a más de trescientos mil argentinos por el mundo.

Borges, que había sobrevivido a todos esos desaires de la suerte, se dejó vencer por un incomprensible movimiento del alma, y meses antes de morir, también él partió. En incontables poemas y cartas había deslizado la misma letanía: "Me enterrarán en Buenos Aires, donde he nacido". Pero cuando sintió en su cuerpo el aguijón de un cáncer irremediable, se fue a Ginebra, sin despedirse de nadie.

Partir es contagioso en la Argentina. Todos los años, desde que comenzó la decadencia, veinte mil a treinta mil jóvenes universitarios abandonan las llanuras enfermas de vacío. ¿Por qué, por qué?, preguntan los desconcertados sociólogos. ¿Es que se ha extinguido la fe o, más bien, es el país lo que se está extinguiendo? Antes del amanecer, los jóvenes montan guardia ante los consulados de Italia, España, Canadá, Australia y Estados Unidos, a la espera de visas cada vez más esquivas. "Yo me voy por asfixia", dice una investigadora de biología molecular. "Aquí no hay nada que hacer". Su marido, un ingeniero de proteínas, repite, cabizbajo: "Aquí ya no hay lugar para nosotros". La frase estalla como un oximoron



sin sentido; en el desierto interminable y sin ilusiones no hay lugar; la nada está repleta.

Algunos se van porque les falta lugar; otros, porque temen que para ellos no habrá tiempo. "El futuro ha muerto hace ya mucho aquí: se ha desvanecido", se oye decir junto a la puerta de los consulados. Para encontrar el futuro, la mayoría emprende la caza de su pasado. Los nietos de italianos y los hijos de españoles redescubren sus orígenes. Si obtienen una visa, será gracias a los antepasados albañiles y campesinos que llegaron a principios de siglo para "hacer la América". No regresan triunfales a las aldeas del pasado, como en los films de Elia Kazan o en las novelas de Mario Puzo. Parten en estado de fracaso, para cerrar el círculo de la miseria: los abuelos se marcharon con las manos vacías, los nietos vuelven también así, yermos.

Se sienten incómodos con el país, y suponen que esa sensación es nueva, una secuela natural de las dictaduras militares y de la deuda externa. Pero no es nueva. José de San Martín, el guerrero que hace ciento ochenta años acabó con el yugo español y se convirtió en el paradigma de la nacionalidad argentina, también vivió hostigado por las terribles furias del **adentro**. Murió viejo, a los 72 años, sin haber permanecido más de once o doce en el país natal. Las veces que el Libertador intentó volver, lo alejaron con uno u otro pretexto del puerto de Buenos Aires. "No baje usted de su nave", le escribían. "No gaste usted su tiempo en esta tierra de discordia".

La discordia es perpetua. Brotó ya en los tiempos de la Colonia y no ha cesado. Siempre hubo tanta tierra para repartir que nadie se saciaba. Los que se habían apoderado de alguna tierra querían siempre más. Hubo un momento, entre 1977 y 1979, en que un pie cuadrado de tierra valía más en Buenos Aires que en el corazón de Manhattan. Se pagaban fortunas por un lote vacío en el cementerio de la Recoleta. Ahora no. La hoguera de las vanidades está apagándose. Cuando alguien quiere aparentar linaje o bienestar, no compra nada. Alquila los panteones de las familias en decadencia. En la fachada del panteón se coloca un letrero de utilería con el apellido del muerto ajeno, y no bien el cortejo funerario se retira, vuelven a su lugar las leyendas originales.

Nunca, sin embargo, el espíritu de la discordia ha sido más poderoso que ahora. El presidente Carlos Menem, que asumió a mediados de 1989, ha dividido el país en dos: los que están con él y los que prefieren "caminar por la vereda de enfrente". Los periodistas adictos al gobierno martillean día y noche una letanía atroz: los disidentes, los de "la vereda de enfrente", son "malos argentinos".

En un poema que narra la fundación de Buenos Aires, Borges ha tratado de explicar que en la mitología original de la ciudad no hubo una "vereda de enfrente". El país nació como una playa bucólica, en la que se podía compartir todo, hasta la memoria:

*Una cigarrería sahumó como una rosa
el desierto. La tarde se había ahondado en ayer,
los hombres compartieron un pasado ilusorio.
Sólo faltó una cosa: la vereda de enfrente.*

Esa Argentina ya no existe. Ahora, ni siquiera es posible dividirla en dos, porque las facciones son muchas, casi tantas como los individuos. Hasta en la Iglesia y el Ejército, que desde comienzos de siglo se mantuvieron como las únicas corporaciones homogéneas —ambas ciegamente conservadoras, cerradas al más ligero sople de cambio—, hay bandos de sumisos al gobierno enfrentados a levantiscos que no están conformes con sus privilegios. También los sindicatos, que profesaban una devoción monolítica por el peronismo, se han desgarrado. Que el Presidente conquistara el poder con un pro-

grama populista y que al día siguiente de asumir el gobierno se convirtiera en un devoto de la libertad absoluta de los mercados es lo que siembra el descontento, aun entre los jefes de su propio partido.

El drama de la Argentina — como el de Perú, Brasil o Venezuela — es que los pueblos **delegan** el poder en sus mandatarios y una vez que lo delegan, los elegidos pueden hacer con el poder cualquier cosa. Guillermo O'Donnell, un argentino que preside la Asociación Internacional de Ciencias Sociales, está trabajando desde hace un par de años en esa teoría de las democracias frágiles cuyos gobiernos actúan por **delegación**, no por **representación**. "Después de votar, los electores se desentenden", dice O'Donnell, "como si transfirieran al Presidente el derecho pleno a imponer su voluntad. Votan al hombre, al albedrío del hombre, y el hombre siente que puede hacer con el poder lo que quiere. Las instituciones republicanas lo estorban, y trata entonces de doblegarlas o acomodarlas a sus designios. Eso convierte al presidente en un monarca absoluto".

El poder es absoluto, ¿pero hasta dónde? Menem tropezó con una Corte Suprema de Justicia en la que no podía confiar. Decidió modificar su composición: aumentó el número de los miembros, de cinco a nueve, después de tejer una laboriosa tela de araña en el Parlamento para conseguir el acuerdo. Las reglas de juego de la democracia imponen límites, hay que ofrecer aunque sea la ilusión del disenso, y en esa batalla entre las ilusiones y la realidad, entre lo que se puede y lo que se debe, los países desangran el escuálido tiempo que les queda.

* * *

Y luego está el feroz enemigo: el desierto, la tierra infinita, los espacios de oscura nada. Uno de los grandes clásicos de la literatura argentina, **Facundo**, escrito por Domingo F. Sarmiento en 1845, ya planteaba el problema en las primeras líneas: "El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: el desierto la rodea por todas partes y se le insinúa en las entrañas". Habría que invertir la descripción: la Argentina es el desierto; los glaciares, la selva, las montañas, el océano, las cataratas turbulentas, todo eso está en el horizonte. Pero nadie lo ve. Los hombres viven de espaldas a la naturaleza, en el hervor de las ciudades. Nada los distrae del espectáculo de sus rencillas. Condenados a no ver el mundo, los hombres se observan eternamente a sí mismos. Como en **A puerta cerrada**, el drama de Jean-Paul Sartre, "el infierno son los otros".

A la gente ya nada le importa fuera de su propia suerte. Los diarios anuncian en titulares más bien modestos la matanza de Tien-anmen, la caída del muro de Berlín, el alzamiento popular contra Ceausescu, y nadie se sobresalta. Los mismos hombres que no se despegan del televisor cuando los diputados discuten el alza de las tarifas telefónicas o cuando estalla una reyerta entre dos funcionarios menores del gobierno, miran con indiferencia las hogueras de Beijing y el estremecedor fusilamiento del dictador rumano. Es una sensación extraña: como si un velo cubriera la historia del mundo y la luz cayera sólo sobre la Argentina, donde todo es noche.

El letargo atraviesa hasta los cuerpos más alertas. Durante los meses de enero y febrero estuve en París y Madrid, discutiendo febrilmente con mis amigos los movimientos de ajedrez de Gorbachov ante las mudanzas políticas del Este. Cuando volví a Buenos Aires descubrí con estupor que el mundo había quedado demasiado atrás, demasiado lejos, y que el destino de las dos Alemanias había dejado de apasionarme. Yo también era una víctima de la distancia, del implacable peso del mapamundi. ¿La realidad existe, acaso, en la Argentina? Si existe,

yace entre vahos de sueño, como en los relatos de Borges.

Hace veinte años, todos los grandes diarios y semanarios disponían de al menos cuatro corresponsales en los Estados Unidos y en las grandes capitales de Europa. El mayor de todos, **Clarín**, acaba de clausurar la última de sus oficinas extranjeras —en París— y de resignarse a compaginar los cables de las agencias de noticias. Si no hay mundo afuera, ¿para qué leer el mundo?

* * *

En el ombligo del país desierto está la ciudad de Tucumán, donde los argentinos declararon en 1816 su independencia del poder español. Hace poco más de un siglo, algunas refinadas familias francesas se afincaron allí, se aliaron con la aristocracia provincial y erigieron un imperio de azúcar. A la vera de los ingenios brotaron mansiones que copaban la geometría de Versalles. En torno de las mansiones, los cortadores de la caña de azúcar se morían de hambre. Llegaban a Tucumán en carros desvencijados, desde aldeas prehistóricas que agonizaban en las selvas de Paraguay y de Bolivia, y luego de limpiar la maleza de las varas de caña regresaban a sus mudares, con algunos pesos de más y algunos hijos de menos. Por desdén o por compasión se les llamaba "los golondrinas".

En 1966, la artificial riqueza de los ingenios se volvió astillas, y el dictador militar de la época ordenó a casi todos que cerraran sus puertas. Los "golondrinas" llegaron, como siempre, pero la caña se pudría en los campos y los caminos estaban silenciosos y vacíos como en el primer día del mundo. Cierta mañana, en agosto la temperatura subió a 42°, y al sur de la ciudad cayó una lluvia de pájaros insolados. Los "golondrinas", que habían atravesado más de cien leguas para tropezar con aquel desierto sin trabajo, condujeron sus carros de mulas hasta la plaza principal de Tucumán, faenaron las mulas y encendieron fogatas para asarlas. En torno de la plaza se alzaban las mansiones urbanas de las grandes familias. Incómodas tanto por el humo de las fogatas como por la exhibición de la miseria de los forasteros, las matronas de la aristocracia suplicaron al gobernador militar que pusiera orden. Una brigada especial de la policía y veinte carros de bomberos limpiaron la plaza con frenéticos chorros de agua y mandobles a la cabeza. Quedó un tendal de "golondrinas" heridos; dos chiquillos que aún no caminaban murieron pisoteados. A uno de los oficiales de la brigada lo apodaban **El Malevo**.

Los lujos de antaño se han esfumado hace tiempo de Tucumán. Los jardines laberínticos y las mansiones versallescas sucumbieron a la humedad y a las ebulliciones tropicales de la naturaleza. El último de los palacios fue comprado por una madama de burdel, que administra a medio centenar de pupilas indias, todas teñidas de rubio. La madama se ufana de conocer mejor que nadie los secretos de la provincia. "Yo desde aquí arreglo matrimonios, quito y pongo diputados, consigo préstamos de los bancos y decido el nombre de los recién nacidos. La gente confía en mí, porque mi discreción es legendaria", dice la madama, acariciando los brazos de un trono estilo Luis XV que sobrevivió a los tiempos dorados. "Este sillón ha sido siempre un confesionario".

El Malevo se deja caer a menudo por el burdel, me cuentan. Echa unos párrafos con la madama, recibe las caricias oxigenadas de las pupilas y se pierde en la oscuridad. Con el tiempo se ha convertido en el personaje más popular de Tucumán después del general Bussi, con quien **El Malevo** simpatiza sin traspies de conciencia.

A comienzos de 1990, la policía de Tucumán se sublevó en demanda de mejores sueldos y en apoyo de

veinte agentes que habían sido excluidos por corrupción. Los rebeldes capturaron un arsenal y se parapetaron en la Brigada de Investigaciones. Tropas del ejército y gendarmes de élite, enviados desde Buenos Aires, los sitiaron y les bloquearon la entrada de viveres. **El Malevo** llamó por teléfono al gobernador —un agrónomo casi octogenario— y le dijo: "Si usted me autoriza, voy a entrar en la Brigada y a convencer a los muchachos de que se rindan". El gobernador se declaró conmovido por esa ostentación de coraje.

La rebelión llevaba casi setenta horas cuando **El Malevo** fue a disiparla. Los amotinados no disponían de luz eléctrica ni de agua. Era el amanecer. Como siempre, el aire estaba calcinado. Afuera, en la penumbra, cientos de periodistas aguardaban, con sus micrófonos en ristre. No bien **El Malevo** entró en la fortaleza, partió desde las ventanas una ráfaga de trompetas y un redoble de bombos. Casi en seguida, **El Malevo** se dirigió a los sitiadores con un megáfono: "¡Retírense de aquí! He decidido sumarme a la rebelión. Ahora soy el jefe. ¡Victoria o muerte!".

Incomprensiblemente, conquistó la victoria. Los quinientos soldados de Buenos Aires, que descontaban ya la rendición de los cien sediciosos, fueron obligados a retirarse. **El Malevo** salió de su guarida, desfiló por la ciudad bajo una lluvia de flores, y anunció en una conferencia de prensa que el gobierno había cedido a todas sus peticiones.

* * *

Es una historia extraña, sudamericana. Lo sudamericano es siempre extraño en la Argentina, donde la gente es —o cree ser— europea. Al restituírle su realidad geográfica, Menem ha permitido que el país se encuentre al fin con su naturaleza profunda. El Presidente alcanzó el poder sin revelar programa alguno de gobierno y sin que tuviera casi necesidad de hablar. Uno de los jefes de su campaña electoral le aconsejó: "No te calentés por los contenidos de los discursos. Vos ponete el poncho, besá a los chicos y tocá los ojos de los ciegos. Después saludá y andate". Y el candidato, vestido de blanco y bendiciendo a diestra y siniestra, paseaba por las grandes ciudades con una sonrisa de beatitud siempre puesta, ofreciendo el mero milagro de su presencia. Ganó en el primer turno de votaciones, por un margen amplio.

Menem llevaba casi dos décadas preparándose para conseguir lo que ahora tiene. Desde que Raúl Alfonsín sustituyó a los dictadores militares de Argentina, en diciembre de 1983, el aspirante a sucesor se mantuvo a su lado e inició un paciente trabajo de aprendizaje. Aunque pertenecía al partido adversario, Menem secundó en todo al presidente, sin dejar de subrayar que él era un "sapo de otro pozo". Cuando Alfonsín afrontó su primer motín militar, en abril de 1987, Menem lo apoyó con firmeza. Ante la enorme concentración popular que se reunió en la Plaza de Mayo de Buenos Aires para repudiar el **putsch**, exigió que se aplicara la ley: "Estos sediciosos y traidores a la patria", dijo, "tienen que ser juzgados con severidad para terminar con una situación que mantiene a la comunidad nacional en vilo".

Al día siguiente, desde La Rioja —su provincia natal—, evocó los horrores de la década anterior: "Si olvidamos ese pasado y no defendemos este presente", dijo, "es muy posible que nuestro futuro no sea nada halagador. No podemos olvidar. Los pueblos que olvidan su historia repiten la historia".

Conquistar el poder lo hizo cambiar de idea. Al cumplir cuatro meses de gobierno indultó a los responsables de todos los crímenes aberrantes de la dictadura y de

los golpes militares a la democracia, con exclusión de los seis cabecillas. En 1990, el perdón alcanzará a todos. "No puedo ver entre rejas ni aun a los pajaritos", ha declarado el Presidente, con ingenuidad tal vez sincera.

La actitud argentina consiste siempre en suprimir e ignorar la realidad. Ese es uno de los pocos hábitos que aún se mantiene en pie. Borges jamás pronunció las palabras **Perón** o **Evita**. Los llamaba **el dictador** y **esa mujer**. Cierta vez le dije que conocer a Evita hubiera sido para mí una experiencia histórica invaluable: alguna oscura esencia de la Argentina debía respirar en ella. Borges se ofendió y no contestó a mis llamados por muchos meses.

Los fraudes electorales, la magia, los crímenes del Estado, la desaparición de las personas: todo lo que el Poder no admita como verdadero era ocultado. Si no podía existir la verdad, tampoco existía la realidad. Ahora que la clase media está evaporándose velozmente, y que los mendigos cantan a coro con los millonarios en la Plaza de Mayo, el presidente Menem ha encontrado una frase que concilia verdad y realidad a la perfección: "Estamos mal pero vamos bien". Eso quiere decir tantas cosas que no quiere decir ninguna.

* * *

A comienzos de su carrera literaria, Borges definió la del carácter argentino como una exageración del pudor. No le satisfacía el proverbio popular según el cual un argentino es alguien que se comporta y se alimenta como un italiano, habla como un español, está educado a la francesa y copia los modales de un inglés. Ahora el pudor ha desaparecido, y sólo queda la exageración. Los extremos son ya tantos que han encontrado formas —también extremas— de convivir en armonía.

Buenos Aires está en ruinas, pero los viajeros se sorprenden de no ver las ruinas por ninguna parte. Es fácil de comprender: para los argentinos, Buenos Aires no es la decaída urbe de hoy, sino la capital dorada que no quiere desvanecerse de la memoria. Los viajeros, en cambio, la ven como lo que es: una enorme ciudad latinoamericana. En los alrededores de la Recoleta, junto al cementerio donde yacen los próceres, las casas de alta costura siguen exhibiendo vestidos para princesas. El aire huele a visiones y a perfume francés. En los escaparates, sin embargo, aparecen tímidos letreros que ofrecen pagar las compras en tres o cinco cuotas. Muchos paseantes de aire altivo llevan raídos abrigos de lana tejidos en casa. Aún están en pie los mármoles y los bronceos de los años dorados, pero junto a las entradas fastuosas abundan los quioscos de baratijas.

A mediados de 1989, durante las últimas semanas de la administración de Raúl Alfonsín, las reservas argentinas de divisas oscilaban entre 300 y 400 millones de dólares, apenas para pagar los gastos del día. Con Menem se quintuplicaron. En cambio, los índices de desocupación plena o encubierta siguen subiendo. Hay ahora más de cuatro millones de personas sin trabajo (14% de la población total), y otros cinco millones viven en condiciones de miseria. Casi nadie paga impuestos a la riqueza, o los paga en infima medida, para disimular.

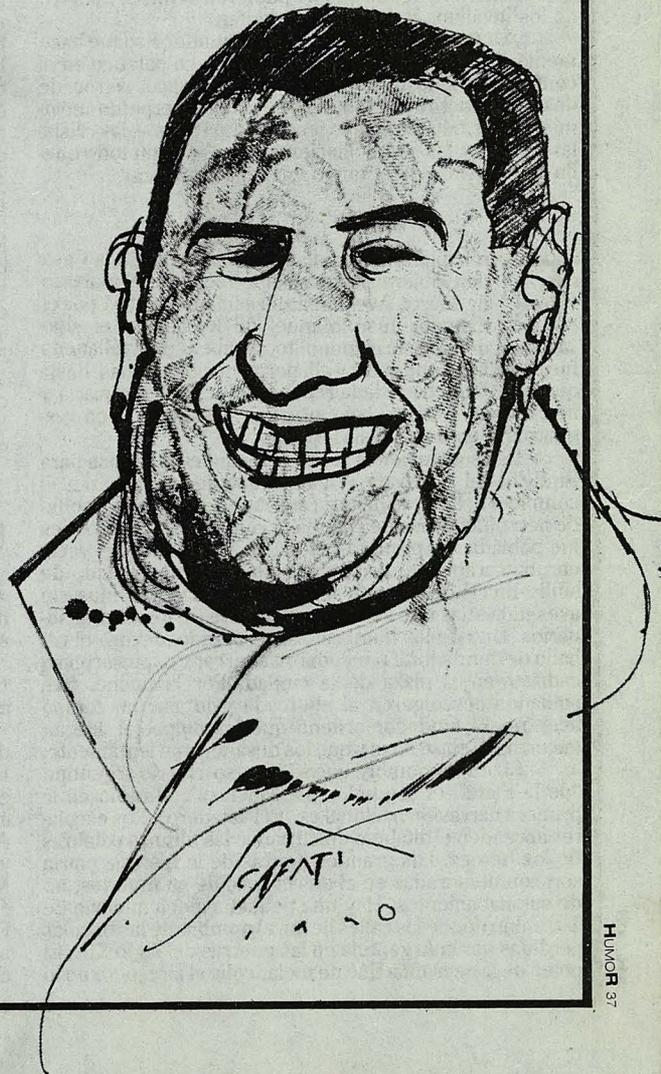
En un país donde hacia 1940 no había casi analfabetos y la población universitaria relativa era una de la más altas del mundo, la cultura es un lujo que pocos se permiten ya, y que a pocos interesa. Las rumorosas librerías de la calle Corrientes, que solían permanecer abiertas hasta el amanecer, ahora cierran a las diez de la noche. En los primeros cien días de 1990 —los más prósperos de la democracia, según el gobierno— vendieron diez veces menos libros que en igual período de 1989,

el peor de la administración Alfonsín. En 1988, el cine argentino produjo treinta películas y obtuvo otros tantos premios en festivales internacionales. En 1990 el número de títulos descendió a cuatro, y el Instituto Nacional de Cine, del cual depende la economía de los productores, se ha declarado en estado de extinción.

* * *

La cultura es lo de menos", me dice un académico. "Lo terrible es el hambre". ¿Hay hambre?, se asombran los turistas. Los mendigos zumban como una letanía de moscas, pero son casi folklóricos. Buenos Aires aún finge que es una ciudad próspera.

Tardé algunos meses en ver el hambre. A comienzos del otoño manejaba yo mi automóvil por la autopista del acceso oeste, a unos treinta kilómetros de la capital. El mediodía era calmo, bucólico. A orillas de la carretera se desperzaban los vastos campos de ganado cuyas alambradas hunden el infinito. Las vacas se movían de un confin a otro en busca de sombra, como si fueran sentimientos perdidos. A lo lejos, divisé un tumulto: cien o acaso ciento cincuenta personas que obstruían el camino,



aglomeradas junto a un bulto oscuro. Había muy pocos vehículos. El tránsito, con lentitud, seguía fluyendo. Me acerqué. Algunos niños y mujeres se apartaban del hambre con la cadencia de las mareas. Tenían las ropas manchadas de sangre. Pensé: acaba de suceder un accidente atroz. Y me detuve a ofrecer auxilio. Olfí la sangre, vi moscas navegando en el aire transparente, me sorprendió la lumbre de algunos cuchillos. Los hombres habían atrapado una vaca y la estaban desollando a la intemperie, en pleno día.

Aunque uno haya oído hablar del hambre muchas veces, el escándalo de ver al fin su cuerpo —el vasto, intolerable cuerpo del hambre humano— pesa sobre la conciencia como un agujero negro. Uno cierra los ojos y allí está él, con su gran dedo incandescente. Lo he visto al amanecer, junto a la puerta de los mercados y de los restaurantes, en el McDonald de la calle Florida y en el Jumbo que está junto al camino hacia el aeropuerto de Ezeiza. El hambre llega con su recua de niños y de ancianos, armados de palos y de cucharas, destripa las bolsas de residuos, y en ese mismo punto de la calle crepuscular aspira las migas y las brinzas de ketchup, selecciona las cáscaras grises de los tubérculos y las entrañas aplastadas de los tomates para las sopas de otro día, esconde en sus harapos las pieles de las salchichas y la costra carbonizada de las hamburguesas para apaciguar el hambre de los que no pudieron venir, el hambre de los inválidos y de las parturientas.

¿La Argentina, el granero del mundo? Eso fue hace medio siglo. Ahora el país danza un tango patético en el confin del globo terráqueo: avanza un paso, retrocede dos, y luego gira sin ton ni son. Está en perpetuo movimiento, los hechos van y vienen como rayos —las crisis, las rencillas, las reconciliaciones—, pero al fin todo queda como estaba. Y el tango vuelve a comenzar.

* * *

En la plaza mayor de Tucumán, frente a la Casa de Gobierno, un monolito recuerda el martirio de Marco Avellaneda, asesinado en 1841 por el dictador Juan Manuel de Rosas. En el sitio donde está el monolito, la cabeza de Avellaneda fue clavada en una lanza y allí permaneció tres días, hasta que una dama patricia la recobró y luego de limpiarla y perfumarla la ocultó bajo su cama hasta que pudo guardarla en una iglesia.

Estas variaciones sobre el tema de "Una rosa para Emily" —el relato de William Faulkner— abrazan el completo delta de la historia argentina. Hubo un episodio de necrofilia delirante cuando la ciudad de Buenos Aires fue poblada por primera vez, en 1536. El fundador yacía en una carabela a media milla de la costa, ardiendo de sífilis. En el horizonte no había sino pajonales yermos, sin aves ni bestias que saciaran el hambre de los expedicionarios. Uno de los hombres, desesperado, devoró el caballo del fundador. Lo mandaron ahorcar y expusieron su cadáver en la plaza de la ciudad. Por la noche, tres soldados descolgaron al ahorcado y lo asaron, campo adentro. El fundador ordenó que los culpables fueran encerrados en su nave y que los desangraran lentamente.

El primer nombre que se impuso a un río argentino "de la Plata"; el segundo, "La Matanza"; el título de la primera narración nacional es "El Matadero". Los escolares aprenden el alfabeto deletreando las últimas palabras de los héroes. Las grandes figuras de la historia patria son conmemoradas en el aniversario de su muertes, no de sus nacimientos. Hay una pequeña aldea al norte de Tucumán donde las calles llevan el nombre de las batallas perdidas por la Argentina en las guerras del siglo XIX. El polen de la necrofilia tiñe de melancolía el aire, pero no lo

fecunda. "Necrofilia significa autodestrucción", sentencian los psicoanalistas de Buenos Aires. "En esas pulsiones de muerte que van y vienen por la historia argentina como un estribillo, puede leerse la voluntad de no ser: no ser persona, no ser país, no abandonarse a la felicidad. Mucha gente ha succumbido a la apatía. Quiere que la dejen en paz, como si se sintiera fuera del tiempo, en los prados de la muerte".

Durante más de dos años, Perón conservó el cadáver momificado de Evita en el altillo de su casa española. Una o dos veces por semana, la tercera esposa de Perón —Isabel— entraba en el altillo, peinaba la cabellera yerta y frotaba el cuerpo de Evita con un pañuelo impregnado de agua de toilette. López Rega, el adivino de Perón, intentó transferir el alma de Evita al cuerpo de Isabel, a través de algunos artificios mágicos del **candomblé** brasileño. Fracásó estruendosamente, y la Argentina pagó las consecuencias cuando Perón murió e Isabel lo sucedió en el poder.

Parte de esa fascinación por el más allá atrapó también al presidente Menem, hacia octubre de 1989. Para alentar la pacificación del país, el Presidente decidió repatriar los cadáveres ilustres que yacían lejos. La primera fase del plan preveía la repatriación de Rosas, del ex presidente Cárpora y de Jorge Luis Borges.

Empezó con Rosas. Durante cuatro generaciones, los escolares argentinos habían aprendido que el gobierno de Rosas (1829-1852) fue el más sangriento de la historia nacional. Los manuales enseñaban que en un solo mes, octubre de 1840, Rosas mandó degollar a más de quinientos ciudadanos ilustrados de Buenos Aires, y que casi todos los hombres lúcidos vivían fugitivos de su poder, en Uruguay o en Chile. Menem ordenó que los despojos de Rosas fueran sustraídos de su largo exilio en Southampton, Inglaterra, y los expuso al homenaje del Ejército y de las escuelas primarias.

La pasión necrofílica volvió a florecer entonces en la Argentina como una fuerza de la naturaleza. En menos de una semana, el Parlamento estuvo inundado de proyectos para trasladar las tumbas de los próceres de una ciudad a otra. El **Malevo** encabezó en Tucumán una cruzada patriótica para encontrar la perdida cabeza de Marco Avellaneda y exponerla otra vez en la plaza de Tucumán, ya no sobre una lanza sino en una urna de cristal coronada por rayos de oro. Sólo la repatriación de Rosas pudo consumarse. Los demás cadáveres continúan en sus tumbas inciertas, a la espera de sosiego.

* * *

Si algún mérito concederá la historia a Menem es el de haber devuelto a la Argentina su noción de realidad. El aguijón de los desiertos que nadie puebla, la cotidiana derrota de la cultura en manos del aislamiento, la resignada evaporación de la clase media, el carro de la modernidad que se aleja, son signos de un destino sudamericano que la Argentina, hasta ahora, se había negado a ver. El sueño de ser Europa todavía sigue en pie, pero cada vez se parece más a un espejismo.

A través de Menem —el discípulo—, Perón está derrotando a Borges en el duelo que ya lleva medio siglo. La Argentina real se impone a la Argentina ideal. Sin embargo, la ilusión de que el país es todavía grande y áureo destella en todas partes. A la entrada de Buenos Aires, una milla más allá del aeropuerto de Ezeiza, se yergue un enorme letrero que afirma, desatinado: "Las Malvinas son argentinas". Hay cientos de letreros como ése regados en las ciudades y a la vera del desierto. Fueron clavados en 1982, semanas después de la victoria británica en el Atlántico Sur, y todavía siguen allí, como una prueba de que la realidad no es la única verdad.